

ALION: EL PRIMER HABITANTE DE LAS SALAS

Angel de la Peña Tejerina

Hace aproximadamente 35.000 años, en la cabecera del actual valle del río Dueñas, convivían dos comunidades, los Tartíbulos (Neandertales) y los Broscos (Cromañones). Lo cierto es que pese a ser de especies diferentes y a sus continuas desavenencias tenían muchas cosas en común, lo cual, inevitablemente, les empujaba a organizarse y convivir en el mismo valle. El hecho de pertenecer a especies diferentes les impedía mezclarse entre sí pues eran genéticamente incompatibles.

La esperanza de vida por aquel entonces era de unos 40 años y costaba sacar adelante una prole que con frecuencia moría antes de llegar a la pubertad. Un hijo adulto y sano era un bien preciado pues aseguraba los cuidados en la vejez. El valle era rico en praderas, regadíos, bosques, pesca y caza, si bien carecía de comunicaciones pues el comercio apenas existía. Los inviernos eran largos pero siempre había buena cantidad de leña con la que calentarse. Por supuesto que surgían riñas, problemas y discrepancias, pero en general prevalecía la paz y el bienestar. Aquel año, no obstante, el verano se prolongaba más de lo habitual, las lluvias del otoño no terminaban de llegar y el pueblo estaba inquieto.

Las normas que regían la convivencia eran complejas, la propiedad privada prácticamente no existía y todo lo recolectado en el campo era repartido equitativamente. Una de las leyes más rigurosas era la que prohibía los matrimonios mixtos entre personas de ambas especies y por aquel entonces cundía cierto nerviosismo pues a la sequía del prolongado verano se sumaba el hecho de que una pareja insistía en quebrantarla. Rodión, de los Broscos, y Yosuna, de los Tartíbulos, se amaban por encima de cualquier ley y, pese al disgusto de sus familias, en ningún momento habían deplorado su actitud. Más aún, solicitaron oficialmente permiso para unirse a sabiendas de que no solamente desafiaban leyes milenarias sino también la ira -y quizá la envidia- de la mayoría de sus vecinos. Se reunió el Consejo y los defensores de la abolición de aquella norma antigua, y por tanto defensores de la pareja de amantes, a duras penas consiguieron que las familias de los jóvenes no fueran expulsadas de la comunidad, instando el jurado en cualquier caso a que sus hijos partieran inmediatamente al exilio so pena de durísimos castigos.

Un viejo y solitario broSCO, que vivía la mayor parte del año en las majadas, sintió compasión por los jóvenes enamorados y les acompañó el día que éstos salieron del pueblo llevando consigo tan sólo lo indispensable. Les fue guiando río abajo y una vez en la desembocadura, en vez de seguir el curso del río grande, remontaron hacia el este donde enseguida, en la falda de una montaña, les descubrió una gruta tan secreta como confortable. La boca de la cueva miraba al sur divisándose el río grande abajo, muy cerca, con una vega espléndida tanto en una orilla como en la otra, y un bosque de hayas en el monte de enfrente. A sus espaldas, hacia el norte, tapando el horizonte se alzaba una gran mole escarpada y blanca, una montaña fenomenal, simétrica, majestuosa, con tres picos uniformes siendo el de en medio un poco más bajo que los dos que le escoltaban. Aquel lugar, escarpado y difícil, no era de lo más halagüeño para la pareja pero Rodión era tan feliz que nada le parecía tan maravilloso como aquel estrecho valle donde dormir todas las noches abrazado a la mujer de sus sueños, a Yosuna, la de los ojos dorados, la de la mirada ambarina que tanto le confundía y gracias a la que, por fin, su vida tenía sentido.

La primera noche que pasaron allí, Yosuna tenía miedo. Frío y miedo. Se acurrucó al calor de los brazos de su amante y le pidió que repitiera aquellos versos tan sensuales y apasionados que tanto le agradaban y encendían. Rodión tenía muchas preocupaciones en la cabeza pero con tal de hacer feliz a Yosuna comenzó a recitar muy despacio y muy alto, para que el eco de la cueva le devolviera palabra por palabra, aquéllas que en su delirio amoroso había compuesto hacía apenas unos días cuando estuvieron separados en el pueblo durante el juicio del consejo. Días aquellos en los que se sentía tan impregnado de amor que a lo único que atinaba era a balbucear e inventar versos que le salían de muy adentro, versos que intentaban reflejar los momentos vividos tan cercanamente y que a ratos conseguían mitigar la angustia de la separación.

Ay mi niña, mi niña...
se acabó el juego y llegó la realidad.

Aún siento mi boca salada
de tu piel con sabor de almendra.
Aún llevo la dulzura de tus besos dulces,
la dulzura de tus ojitos de miel que me confunden y
ruborizan, “¡estás colorado!” y venga a reírte con esa
boca dulce que todo lo endulza.

Tu piel encendida
tus pechos redondos
tu boca jugosa
tu cuello ávido
tus manos juguetonas...

Tu cuerpo contorsionándose
mi ansiedad, mi deseo...
todo junto jugando al escondite,
la oscuridad fraudulenta
el sabor de lo prohibido
el sueño hecho realidad...

Besarte
acariciarte
estrujarte
chuparte
tu cuerpo calentito...

Mis ganas de estar dentro de ti
arden con el aire del verano
que no termina nunca y que ojalá
nunca acabe.

Quiero un rincón
una gruta llena de agua y de luz,
una cama azul donde poder envolvarte
con mis besos y mi amor.

Aquellos versos íntimos sonaron en los oídos de Yosuna como música que le derretía por dentro. El frío y el miedo se esfumaron y sintió que su vida se entrelazaba con la de su compañero para siempre jamás. Puede que las leyes de sus padres, de sus abuelos, de sus bisabuelos, de toda su comunidad sabiamente gobernada durante miles y miles de años, fueran las mas adecuadas, puede que sí, pero el amor era tan grande y tan intenso que ni las peores maldiciones pudieron detenerla ni a ella ni a Rodión. Todo tipo de calamidades y enfermedades les fueron profetizadas al abandonar el amparo de las leyes milenarias. Les aseguraron que jamás tendrían descendencia y que en caso de haberla nacería un monstruo terrible que les haría desgraciados para siempre. La maldición parecía cumplirse no en vano después de dos años juntos Yosuna no se quedaba encinta pese a tanta locura de amor. Un buen día, sin embargo, los síntomas

no dejaron duda alguna sobre el cambio en su cuerpo y a los pocos meses el embarazo se hizo evidente. Si ya antes la pareja era feliz ahora el cariño, el apego y la ternura rozaban el delirio. Tanto amor trajo al mundo un niño fuerte y espléndido, un niño al que llamaron Alión. Aquel hijo se crió rodeado de unos padres que nunca pudieron tener más descendencia y que se volcaron en éste del mismo modo que él cuidó de ellos cuando se hicieron mayores.

Alión aprendió enseguida las destrezas y conocimientos de sus padres ampliándolos merced a una curiosidad insaciable. Desde muy pequeño recorría incansable bosques y praderas en busca de nuevas plantas y semillas de las que extraer nuevos usos. Esta afición a lo desconocido preocupaba a sus padres que temían se envenenara por andar haciendo probaturas más allá de los conocimientos tradicionales. Alión, no obstante, tenía un olfato privilegiado que rara vez le llevaba a cometer errores y que, como mucho, a veces le ocasionaban alguna indigestión no llegando a enfermar de gravedad nunca. Su extraña e innata clarividencia, sumada al increíble conocimiento intuitivo de sus propios órganos, le llevaba a saber qué plantas, hongos, cortezas, o incluso insectos, podían ser administrados para aliviar ciertos dolores o incluso curar enfermedades.

Yosuna y Rodión vivieron una larga vida llena de felicidad que con los años se vio aumentada al ver cómo su hijo nunca les decepcionó. Murió primero ella y al poco tiempo él se abandonó a la muerte pues no concebía contemplar las noches estrelladas sin poder acariciar a su lado las manos de su amor, de su vida, de su razón de existir, de su Yosuna del alma. Alión, que tantas pócimas curativas había inventado, siempre se reprochó no haber conseguido curar a su madre y evitar así la posterior tristeza mortal de su padre contra la que no había brebaje ni bebedizo posible.

Pasaron los años y la fama de los conocimientos de la medicina secreta y de las asombrosas curaciones que Alión realizaba se fueron extendiendo por la comarca. Inicialmente se le tenía por brujo maldito nacido de un matrimonio imposible, pero cuando algún padre desesperado ante la enfermedad incurable de su hijo acudía a él nunca volvía decepcionado. Así fue como, poco a poco, los alrededores de su cueva se fueron poblando de gente agradecida que, como forma de pago, pasaba temporadas ayudando a Alión a acondicionar mejor aquellas tierras. Con el tiempo algunos se quedaron definitivamente a vivir allí y comenzaron a construir viviendas más sólidas. Alión, sin embargo, nunca quiso abandonar la cueva donde había nacido y donde, aún hoy, un halo de misterio y confusión envuelve a todo el que entra allí.

Alión fue extraordinariamente longevo y sobrevivió a muchas generaciones posteriores a la suya. Disfrutó de muchos e intensos amores, pero la felicidad -al contrario que sus padres- no la encontró en el cariño de una sola persona y menos aún en la ternura de un hijo que no podía concebir pues su progenitores pertenecían a especies diferentes. Esta circunstancia, lejos de preocuparle, le permitió dedicarse de lleno a sus múltiples investigaciones medicinales y terapéuticas y sobre todo a disfrutar con el placer enorme que sentía cuando ayudaba desinteresadamente a los demás a aliviarles de sus dolores y enfermedades.

Pasaron muchos más años y ya nadie sabía a ciencia cierta si eran verdaderos los comentarios acerca de sus orígenes, así como los del propio pueblo que creció a su alrededor y que cada vez era más próspero. Un buen día Alión desapareció y con ello se multiplicaron las abundantes leyendas que sobre él existían, siendo la más común que era inmortal y que de cuando en cuando se reencarnaba en cualquier planta o animal o, sencillamente, se comunicaba con alguno de los presentes para contarle la verdad sobre el origen del pueblo que él vio nacer y crecer: Las Salas.

F I N



